

Les jeux sont faits

¡Tanto esplendor en este día!
¡Tanto esplendor inútil, vacío, traicionado!
¿Y quién te dijo acaso que vendrían por tí días dorados en años venideros?
Días que dicen sí, como luces que zumban, como lluvias sagradas.
¿Acaso bajó el ángel a prometerte un venturoso exilio?
Tal vez hasta pensaste que las aguas lavaban los guijarros
para que murmuraran tu nombre por las playas,
que a tu paso florecerían porque sí las retamas
y las frases ardientes velarían insomnes en tu honor.
Nada me trae el día.
No hay nada que me aguarde más allá del final de la alameda.
El tiempo se hizo muro y no puedo volver.
Aunque ahora supiera dónde perdí las llaves y confundí las puertas
o si fue solamente que me distrajo el vuelo de algún pájaro,
por un instante, apenas, y tal vez ni siquiera,
no puedo reclamar entre los muertos.
Todo lo que recuerda mi boca fue borrado de la memoria de otra boca;
se alojó en nuestro abrazo la ceniza, se nos precipitó la lejanía,
y soy como la sobreviviente pompeyana
separada por siglos del amante sepultado en la piedra.
Y de pronto este día que fulgura
como un negro telón partido por un tajo, desde ayer, desde nunca.
¡Tanto esplendor y tanto desamparo!
Sé que la luz delata los territorios de la sombra y vigila en suspenso,
y que la oscuridad exalta el fuego y se arrodilla en los rincones.
Pero ¿cuál de las dos labra el legítimo derecho de la trama?
Ah, no se trata de triunfo, de aceptación ni de sometimiento.
Yo me pregunto, entonces:
más tarde o más temprano, mirado desde arriba,

¿cuál es en el recuento final el verdadero, intocable destino?
¿El que quise y no fue?, ¿el que no quise y fue?

Madre, madre,
vuelve a erigir la casa y bordemos la historia.
Vuelve a contar mi vida.

Para que vuelvas

Ahora vas al frente de las grandes heladas de julio.
Abres la marcha igual que un almirante, de cara contra el viento,
incrustado en la proa de tu barco fantasma,
tan solemne y pausado como el protagonista de la puntual fatalidad.
Avanzas sin mirarme, la bufanda de niebla hasta los ojos
y aquel capote azul de dar la vuelta al mundo
—ese que fue más lejos esta vez y sin embargo guardo conmigo todavía—
y detrás esa escolta de bultos harapientos, sumisos, desgarrados,
que flotan a la orden del azar o al golpe del asombro
y parecen los restos de un combate o el miserable saldo de un naufragio.
¿Y si fueran crespones?
¿Y si fuera mi luto siguiéndote de cerca, siempre despavorido?
Tal vez ni puedas verme, prisionero en la escarcha como estás
—igual que esos tesoros, esas piedras preciosas,
esos inabordables herbarios de cristal que contemplábamos al alba—
y con los pies más fríos que cuando apisonabas la nieve entre las sábanas.
O es que soy invisible, por escasa, por densa, por efímera;
no te llego a los ojos, no trasciendo la sombra y me rechaza tu estatura.
Tú estás en todo tiempo, y yo casi en ninguno.
Habrás acariciado, como si fueras otro, al tímido niño que a solas con su alma,
perdido entre las fieras y el rugido de la muchedumbre,
temblaba con tu frío junto al circo de los prodigios y los miedos;
y quizás aplaudirías con sonrisa piadosa al joven navegante
que trepa por el mástil y que agita en lo alto una triunfal bandera;
y hasta recorrerás, sin dichas que se mueran, todos los verdes prados del amor,
cuando la realidad no colmaba el deseo, pero la sed crecía, inextinguible,
porque tenía el rostro vacío de la ausencia.
¿Y no habrá un paraíso para mí? ¿No vendrás a contarme ningún cielo?
Aunque sea uno solo, uno solo de aquellos por los que yo te guiaba de la mano

narrándote una historia, creando para los dos un nuevo mito,
tal vez un nuevo refugio, un nuevo cielo,
a través de las faunas, las costumbres y las metamorfosis de las nubes.
¡Cuántas casas viajeras en las colinas blancas, en el acompasado atardecer!
Pero ahora te vas, te deslizas, te alejas sin volver la cabeza,
sin levantar un brazo y agitar una mano,
sin hacer la señal que atravesase las brumas y aletee en suspenso,
a la espera de un brazo y una mano que tracen a lo lejos un adiós semejante,
una respuesta igual que propicie un regreso,
porque tal era el pacto con la suerte
—el sí o el no librados a un ademán anónimo, ignorante, remiso, complaciente—,
entonces, hace mucho, hace nada,
al dejar esos puertos persistentes a los que ansiábamos volver.
Pero este no es un puerto ni me dices adiós,
y aunque apenas te veo, engarzado en un trozo de otro mundo que ya desaparece,
que se funde en el hielo sin dejar ni una estría para poder entrar,
para poder salir,
yo levanto una mano y trazo contra el duro destino la señal.

Espejo en lo alto

A Alberto Girri

No sé si habrás logrado componer tu escritura
con aquel minucioso tapiz de hojas errantes que organizaba huecos y relieves,
prolijos ideogramas en este desmantelado atardecer;
tampoco sé si alguna vez me hablaste en los últimos meses
con ese congelado tintineo del vidrio, con el rumor del mimbre,
o el apremiante latido del corazón a oscuras;
y quizá tu mirada fuera entonces esa mirada circular del ágata,
que se abre, que se expande, que se amplía de agua en aire
más allá de la piedra y el fulgor y más allá del mundo.
Imposible saber. No consigo abarcar lo que me sobrepasa y te contiene;
no puedo descifrar de pronto las señales que no fueron costumbre.
Porque ahora traspasaste del todo la zona de los delirios y las emanaciones,
donde la selva y las acechanzas de la selva se confunden,
y los días se tiñen con el color de lo que ya no es, de lo que no será,
y entre un cuerpo y su sombra vuelca el viento veinte siglos de historia

y en una y otra mano se multiplican las semillas de la incertidumbre
y a uno y otro pie se anudan las serpientes de la contradicción.

Porque tal es la prueba y tales las maquinaciones de la simuladora,
inabordable realidad.

No en vano deshojaste la envoltura del sueño y la vigilia,

palabra por palabra y ausencia por presencia,

hasta el último pétalo, hasta el temblor inmóvil del silencio.

¿No revisaste acaso, palpando, escarbando, horadando la trama del poema
el revés y el derecho del destino,

los nudos del error, el bordado ilusorio,

sin encontrar la pura transparencia que permita mirar al otro lado?

Tu fuerza fue habitar en el Reino del No la casa de los innumerables laberintos,
probando las entradas, rondando las salidas,

acechando visiones contagiosas, insectos y peligros y ratones.

Fue una casa oscilante, en continuo equilibrio,

justo en el borde de la inmensidad;

y allí viviste alerta, ensayando la ausencia, desasido de ti

—tu primera persona del singular cada vez más allá,

siempre más cerca de algún otro tú—,

siendo a la vez el cazador que descubre la presa y abandona el asedio
y el pájaro que intenta desterrar con las alas su recuerdo en el suelo.

Ya eres parte de todo en otro reino, el Reino de la Perduración y la Unidad,
estás en el eterno presente que huye, que se consume y que no cesa,
y podrás ser por fin el nombre y lo nombrado.

Pero yo sé que casi medio siglo de amistad, permanencia, emociones y amparo,
no me basta para encontrar que una pequeña huella,

una chispa en suspenso, un flotante perfume

son, en medio del anónimo coro universal, de la corriente del acontecer,
tu modo de dictarme lo más justo, lo más bello y lo más verdadero,

como antes, como siempre, con un gesto, con un talismán, con una lágrima.
Y si así fuera, ¿cómo responder?

A partir de mi boca, de mi congoja y mi ignorancia sólo puedo rogar:

«Señor:

Haz que tu hijo sea como el más incontaminado de todos tus espejos
y muéstrale las cosas así como él quería,

tales como son.»

En abril o en octubre

Abril es el mes más cruel, engendra
lilas de la tierra muerta, mezcla
recuerdo y deseo, despierta
con lluvia primaveral muertas raíces.

T. S. Eliot

¿Que el más cruel de los meses es abril, es decir nuestro octubre?
¿Sólo porque da brillo a la esperanza y sopla sobre las cenicientas ascuas?
Quizá porque supones que todas las primaveras son perversas,
que humillan agonías y tratan de abatir de un golpe avieso,
de un verdor que despliega su abanico de plumas en un joven alarde,
desdeñoso, insolente,
la rama que no ha muerto,
esa que resistió debajo de la escarcha los castigos del viento,
los menudos puñales de la lluvia y la embestida de la fiera.
Yo, hija de hombre, ya sé desde el principio de mis noches
que toda carne es hierba, y se doblega y cae como paja,
pero si no despierta la hierba sofocada y se alza nuevamente como hierba,
y si el deseo sólo se prolonga en vanas humaredas fantasmales,
no es culpa de tu abril, sino de nuestro agosto que secó toda gloria,
carcomió sin piedad las cortezas del mundo
y sepultó hasta el reino más negro de las sombras las visiones doradas.
Sí, sí, reconozco ese olor de humedad subterránea, de jardín clausurado,
ese sabor de exilio en las arenas de la boca,
el tacto de la nada.
Pero yo, hija de hombre, igual te digo que cuando en un abril o en un octubre,
aunque sea lejano, ya casi como nunca,
abriste por una vez, por un instante, las puertas de tu irrecuperable paraíso
y te invadió la luz de aquella primavera
aprendiste de una sola mirada la mirada del sol de cada día
que alza su altar también sobre las aguas muertas, sobre la dura tierra,
sobre la hierba seca.

Miradas que no ven

Adán miraba el mundo y no lo conocía,
ni Lázaro,
ni yo.

Adán abrió los ojos sin ninguna nostalgia, desasido
del sueño original, amparándose a ciegas en la imagen y en la semejanza,
y no entiende qué es, y ni siquiera sabe que está solo.
Su asombro es un jardín donde se precipita vertiginoso el universo;
su día como relámpago de tigres; su noche como delirio de su esquivada sombra.
Y no hay ningún deseo que le anuncie lo ajeno, la culpa y la caída.
Podrá probarse todas las caras de la dicha
en los cristales de las primeras olas, de las primeras lluvias,
bajo el cielo inmortal,
porque lo asiste Dios por todos los costados.
Ahora vuelve a mirar, asómate otra vez:
la manzana roída, el rastro zigzagueante del error en la tierra burlada,
todo tu eterno edén contaminado por los pantanos de la muerte,
mientras caes y caes por la espiral del tiempo,
acorralado dentro de tus propios rincones, sin hallar la salida,
sin encontrar siquiera la palabra que se asemeje al sol del bien perdido.
Y sólo la mujer para inculpar:
espuma y desvarío, la carne de tu carne y el hueso de tus huesos.
Nadie más que te asista, nadie que te proteja de tu inhumano nacimiento.
Ya puedes escribir sobre tu especie tu nombre multiplicado por el polvo.
Has querido esconderte y es Dios quien se ha ocultado.

Lázaro regresaba de una región confusa de vientos y de nieblas
con la oscura memoria de un abismo debajo de los pies.
O estaba en un portal que daba ¿adónde?
cuando la voz lo arrebató hacia atrás como un huracán de fuego,
invirtiendo el oleaje hasta el blanco sepulcro, hasta el blanco vendaje,
hasta el claro de luna embalsamado que cubrirá su soledad en este páramo.
¿Acaso no será en adelante el extranjero, dos veces arrancado de raíz,
el que dejó de ver y entrevió y ya no sabe,
el que no puede ahora traducir un indecible idioma de fronteras?
¡Ah, volver a nacer es volver a morir también del otro lado!
Andará entre los vivos lo mismo que un fantasma, como un ala extraviada,
sin acertar siquiera si este remoto mundo es un reflejo del sospechado paraíso
o sólo un engañoso lugar para probar la medida del alma.

Todo cuanto contempla se volverá distancia, como detrás de un velo,
como detrás de nubes, de lluvias de ceniza.

Su cabeza era noche encandilada, era fisura y humo.

Y todos los manjares tenían el sabor de las agrias almendras de la muerte,
y hasta el sol era frío sobre la piel helada,
aunque ahora viniera de la mano de Dios.

Yo no inauguro el mundo ni vuelvo de un exilio debajo de la nieve,
pero no reconozco los lugares ni encuentro mi refugio exacto en cada día.
Rompieron la fantástica envoltura del tiempo; le vaciaron la cara.

¿Quién tapió con pedruscos las ventanas?

¿Quién derramó estas sombras insaciables que roen las paredes?

Algo sacó de quicio los colores

y alejó cada brillo del alcance de mis pies y mis manos.

Mis ojos no recuerdan estos ojos que veo, ojos que son distantes
a través de las luces tan avaras y el fulgor de las lágrimas.

Los que amaba se fueron; quizá los que me amaban olvidaron quién soy.

Palabras desgajadas, sacudidas, aventadas por ráfagas impías.

Labios que no acertarán jamás con otros labios.

No comprendo las voces que susurran ni las menudas risas que aletean
a ras del suelo o del subsuelo, apenas,

ni este viento que gira y arrastra unos jirones de felpa ennegrecida,
papeles desgarrados, frases adulteradas, oros desvanecidos.

Y siempre, en todas partes, sigiloso, como a tientas o en sueños,

un llamado insistente se abre paso, un llamado confuso que me asedia.

¿Dios estará tal vez pronunciando mi nombre contra el vidrio final, contra
el silencio congelado?

Olga Orozco

Voltaire a los 41 años de edad, retratado por Quentin La Tour

